

¿MEMORIA HISTÓRICA O SIMPLEMENTE COMPARTIDA (DE LA GUERRA CIVIL Y LA REPRESIÓN)?

José ANDRÉS-GALLEGO

Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid

¿Se había olvidado la historia o se habían dejado a un lado las divisiones cainitas?

La verdad es que debo lograr un cierto “desdoblamiento” mental para desarrollar esta ponencia: la expresión *memoria histórica* se ha convertido en un lugar común en la cultura española de los últimos años para dar razón de una labor muy concreta que es la demostración de que Franco auspició una represión sangrienta durante y después de la guerra de 1936-1939¹.

Debo confesar mi perplejidad porque no pensaba que los españoles lo hubieran olvidado e hiciera falta recordárselo. Sí es lógico que el recuerdo se vaya debilitando con el tiempo y –tanto o más- con el entrecruce de vidas que hace que nuestros hijos asuman nuestra memoria y la memoria de su madre –que puede ser distinta- y el centenar de memorias de la gente con la que conviven.

Pero olvidar que hubo una sangrienta represión no es cosa que se logre fácilmente. Y me atrevo a afirmar que no estaba olvidada. Estaba, eso sí, *superada*.

Esta última palabra hay que tomarla en consideración: en el idioma coloquial, *superar* una situación no es *olvidarla*. Y, si se quiere, *olvidar* algo, cuando se dice con un sentido intencional, no es, en realidad, *olvidar*, sino *superar*: sobreponerse a algo que se sabe que ha sucedido, vivir *mirando hacia adelante*, aunque sepa claramente lo que tiene detrás.

Eso último –mirar hacia adelante, no olvidar el pasado, sino justo porque se recordaba el pasado- es lo que vino a proponer Adolfo Suárez en 1977 y lo que da razón de que la Transición diera lugar en todo el mundo a sorpresa y admiración –la admiración del que se sorprende porque no sucede ninguna de las cosas que había previsto (si es que había previsto alto)-; en los años siguientes, el propio Adolfo Suárez fue llamado por los gobernantes de diversos países para resolver por vía arbitral conflictos estatales o interestatales² y estudiosos de universidades norteamericanas tuvieron entretenimiento más que sobrado para cavilar sobre las razones por las que

¹ Vid. los sucesivos estados de la cuestión de "La Transición a la democracia en España", ed. por Manuel Redero Sanromán, *Ayer*, núm. 15 (1996), 241 págs., y "La construcción de la memoria y el olvido en la España democrática": *Ayer*, núm. 52 (2003), 297-320. Claro es que, en los años siguientes, la producción historiográfica y literaria en general acerca de la “memoria histórica” se ha multiplicado de manera notabilísima. No es un fenómeno exclusivamente español. De que, en Francia y otros países, ha llegado también a un notable nivel de difusión, es un ejemplo el comentario de *Le magazine littéraire*, núm. 453 (2006), 18-19: "L'histoire contre la mémoire?".

² Sobre el fondo simbólico del asunto, Carlos Malamud: "El espejo quebrado: La imagen de España en América de la Independencia a la Transición democrática": *Revista de Occidente*, núm. 131 (1992), 180-198.

había ocurrido lo que ocurrió en España entre 1975 y 1978. Habían llegado a la conclusión de que era cosa insólita y, además, inédita. Nunca había ocurrido en parte alguna del planeta³.

Y eso que lo que ocurrió fue bastante sencillo, y es que aquellos gobernantes acertaron a proponer justo lo que la mayoría de la gente –aun sin saberlo- deseaba que le propusieran.

Es obvio que hubo muchos más elementos –incluida la voluntad de los gobernantes y de los opuestos a los gobernantes⁴- pero no deja de ser cierto que, al cabo, fue la gente común la que lo hizo posible.

La memoria histórica ajena de un piloto francés

En aquellos días, en un pequeño recuadro de un diario español, se publicó una noticia –histriónica pero reveladora-: el piloto de un avión francés de pasajeros que sobrevolaba España para aterrizar en Madrid divisó unas maniobras militares, dedujo que, por fin, había estallado en España la guerra civil y viró y emprendió el regreso al aeropuerto de origen.

Si se tiene en cuenta (i) que sólo lo hizo un piloto francés, que uno sepa; (ii) que la noticia no hablaba de protestas entre los pasajeros; (iii) que a los periodistas españoles no les mereció sino un pequeño recuadro; (iv) que, por lo tanto, no consideraron ilógica la confusión del piloto o (v) no la tomaron por cosa ofensiva y (vi) que ningún piloto español viró si es que vio alguna vez maniobras militares en Francia, las reflexiones que a uno se le ocurren pueden ser enjundiosas e incluso divertidas pero se reducen, al cabo, a constatar lo que todo el mundo sabe, y es que la *imagen* de sí mismos, como comunidad, que tienen muchos franceses no se parece nada a la que tienen de sí mismos muchos españoles y que, por otro lado, la imagen de los españoles que domina entre los franceses no es ajena a la imagen de sí mismos que domina entre los propios españoles, en tanto que la imagen de sí mismos que predomina entre los franceses no tiene en cambio que ver con la imagen de los franceses que prevalece entre los españoles.

No es un trabalenguas. Basta repasarlo despacio para entenderlo sin dificultad y, seguramente, aceptar que es así⁵.

³ Por ejemplo, Walther L. Bernecker: "Monarchy and democracy: The political role of king Juan Carlos in the Spanish 'Transición'": *The journal of contemporary history*, xxxiii, núm. 1 (1998), 65-84. Entre los estudios con perspectiva más singular, remito al de Edles, Laura Desfor Edles: *Symbol and ritual in the New Spain: The transition to democracy after Franco*, Nueva York, Cambridge University Press, 1998, xiii + 197 págs.

⁴ Lo que acabo de decir no empece la tesis de C. Sastre García: *Transición y desmovilización política en España (1975-1986)*, Barcelona, 1997, 208 págs. Por otro lado, no hay que olvidar lo que supuso el ejemplo que estudió Josep Sánchez Cervelló: *La revolución portuguesa y su influencia en la Transición española (1961-1976)*, Madrid, Nerea, 1995, xix + 377 págs.

⁵ Ayudan a ello visiones mutuas que son paradójicas pero perfectamente comprensibles, como la que estudió Pedro Carlos González Cuevas, "Charles Maurras y España", *Hispania*, liv, núm. 188 (1994), 993-1.040, o la de Pierre Vilar: "Estado, nación, patria en España y en Francia, 1870-1914": *Estudios de historia social*, núm. 28-29 (1984), 7-44.

Pues bien, eso tiene que ver con la *memoria histórica* de la guerra y la represión. Sería interesante (pero innecesario) saber cuántos españoles saben que existió el mariscal Pétain y cuántos franceses ignoran que existió el general Franco. Hace años, un historiador al que conozco medianamente bien y que cantaba entonces en una coral⁶, se sorprendió porque, en un almuerzo con los miembros de una coral francesa, descubrió que uno de ellos –profesor si mal no recuerda- no sabía que Napoleón había sido vencido en España en 1814. Se lo tuvo que explicar otro francés de la coral porque, al primero, no le cabía en la cabeza que hubiese ocurrido algo así, tan importante, y él no lo supiera y, por tanto, repetía en voz alta –como quien desconfía de que eso sea cierto- lo que acababa de decir el historiador español.

Más cerca aún del asunto que nos ocupa, recordaré que sólo conozco un libro francés –de envergadura y solvencia- acerca de la represión que siguió a la caída del régimen de Vichy; que cabe añadir –es cierto- algún libro reciente –no muchos más de dos- sobre la convivencia de mujeres francesas con los ocupantes nazis y acerca de la depuración que siguió a la derrota de Hitler; que el cómputo de personas que murieron a manos de los represores acusados de colaborar con los nazis arrojó una cifra semejante a las cifras de la represión franquista –cierto que a las más modestas entre las que han propuesto los estudiosos del asunto- y que, si no hay cifras más abultadas, es precisamente porque no hubo sino un libro –un solo libro- y se dejó de hablar de él a poco de editarse –hace ya muchos años-, vale la pena preguntarse por qué sucede así y no ocurre lo que en España, donde no sólo se cuentan los muertos, sino que se cava además en las cunetas a la búsqueda de cadáveres.

Por ahora (y quizá para siempre jamás), no me pregunto si es mejor esto que aquello. Solamente pretendo subrayar que es llamativamente distinto⁷.

A semejante distinción se le pueden dar respuestas tópicas (no por ello falsas), como el chovinismo francés y el cainismo español, pero también respuestas de otro tipo, que van desde el mayor o menor compromiso con la verdad hasta el pudor de tapar las vergüenzas propias (dicho sea lo uno a favor de los unos y lo segundo a favor de los otros, pero bien entendido que caben muchas más reflexiones).

Por lo menos, estaremos de acuerdo, creo, en que la mayoría de los españoles tiene una idea de España y de los demás españoles que no se parece a la que los franceses tienen de Francia y de los demás franceses.

A una diferencia tan abultada se le pueden dar explicaciones diversas pero aquí me interesa la de carácter metodológico, que es lo único que querría recordar a quienes estudian y leen sobre la represión franquista. No me interesa lo demás (no quiero que me interese; me repugna la sola idea de interesarme por ello); prefiero que la repugnancia se reduzca a perplejidad y que sea perplejidad aquello a lo que intento responder: la perplejidad que suscitan comportamientos tan distintos ante hechos que se parecen tanto, aunque no haya jamás hechos idénticos.

⁶ Vid. Herbert Lohtman: *La depuración (1943-1953)*, Barcelona, Tusquets, 1998, 550 págs.

⁷ He intentado dar una respuesta parcial –la historiográfica- en el último capítulo de *Historia de la historiografía española*, 2ª ed. aum., Madrid, Ediciones Encuentro, 2003, 269 págs.

El concepto de memoria histórica

Pues bien, la diferencia que hay entre lo que suscita en unos hombres un hecho parecido al que suscita otra actitud en otros hombres y mujeres tiene que ver, sin duda, con la *memoria*.

No es cosa de recordar aquí qué es la memoria; sí, en cambio, es la hora de decir que toda memoria es *histórica* y –también– que, sin memoria, no es posible vivir.

En lo primero, no entro en ello por obvio. Lo segundo me importa más porque es más importante (es decisivo): sobrevivimos (y hacemos todo lo demás, hasta lo que responde a la más genuina creatividad de la que seamos capaces) porque hemos asumido un conjunto de *predisposiciones* a actuar de una manera sin necesidad de reflexionar cada vez sobre ello; o sea que tenemos *hábitos*; todos los cuales, en realidad, son *históricos*, en el sentido en que se basan en acciones que son temporalmente *anteriores* (porque, por ser anteriores, han podido suscitar un hábito⁸).

La palabra y el concepto de *hábito* se suele emplear con más frecuencia para hablar de la voluntad y, sobre todo, de lo moral –de los vicios y las virtudes–, pero ésa es una visión reductora (que hemos propiciado los cristianos principalmente, por el deseo de salvarnos y de que todo el mundo se salve). Todo aquello que *se nos propone* inicialmente –y desde nuestra propia intimidad– como respuesta a la necesidad de decidir acerca de cualquier cosa, antes de que empecemos a reflexionar sobre ello, es un hábito. Y, del acierto y la riqueza de nuestros hábitos –volitivos e intelectivos– depende nuestra capacidad de sobrevivir mejor o peor, de crear y de recrear, de avanzar –a la postre– sin tener que preguntarnos qué es avanzar, y previamente qué es andar, y, por lo tanto, en qué consisten y cómo son las piernas etcétera etcétera⁹.

Por tanto, la memoria es imprescindible y, por lo mismo, si queremos que *sirva* de la mejor manera, lo primero que hace falta es *conocerla* –si se prefiere, “objetivarla”, convertirla en objeto mental– y contrastarla con la realidad extramental, si es que es posible.

Ése es el único sentido que –a mi entender– se puede dar a la propuesta de *recuperación* de la *memoria histórica* que hoy cunde en España. No se trata de *construir* una memoria, sino de *conocer* la memoria que existe.

Se me dirá que la memoria que existe implica ya la idea de conocimiento y que, por lo tanto, propongo una tarea inútil, o redundante. No es así: una cosa es tener unos hábitos de comportamiento que implican una idea de *lo que ha sucedido* y otra ser conscientes de que tenemos justamente esos hábitos y no otros y que, además, la razón de que los tengamos es *lo que ha sucedido*.

⁸ Para entrar a fondo en todo ello (y no dejar de lado el aspecto neurofisiológico –por lo demás, mal conocido– de los hábitos), remito a las obras de Massimo Borghesi: *Memoria, evento, educazione*, Castel Bolognese, Itaca, 2002, 160 págs.

⁹ Sobre la recuperación de los hábitos intelectivos como cuestión primordial de estudio en gnoseología y la antropología del siglo XX, versa gran parte de la obra de Juan Fernando Sellés: "Los hábitos intelectuales según Polo": *Anuario filosófico*, xxix (1996), 1017-1036.

Si tengo una idea de la represión franquista que condiciona mi comportamiento, lo primero que necesito es ser consciente de que hay en mí un condicionamiento y cuál es; después, saber si ese condicionamiento es conforme a verdad y a justicia.

Un ejercicio así no sólo es saludable, sino bueno.

Bienvenida sea, por tanto, la iniciativa que se tomó en su día de promulgar una ley sobre la memoria histórica. Si acaso, se podría haber evitado la redundancia de llamar historia a lo histórico. y claro está que no entro en que las decisiones que se adoptaron en esa norma fueran las mejores –a mi parecer- o dejaran de serlo.

¿Educar la memoria?

Parece obvio lo que acabo de decir pero no faltan objeciones. Con frecuencia, *los trapos sucios se lavan en casa* –por ejemplo- y eso supone hurtar al conocimiento de los demás la suciedad que hay en esos trapos y, con ello, elementos de juicio que les induzcan a tomar decisiones y generar hábitos adecuados que les permitan ahorrarse en adelante el tiempo y el trabajo que requiere esa reflexión.

En el fondo, lo que eso implica es saber si es bueno saberlo todo o estar en condiciones de saberlo todo. Tiene que ver con la metáfora del *slang* político de que se hace uso cuando se habla de la necesidad de *transparencia*. Pero también tiene que ver con la *educación*, y eso porque la educación no es sino una manera de inculcar hábitos.

Esto es importante y es lo que da verdadera trascendencia a todo lo que se haga para “recuperar” la memoria de la historia (sobre todo si se conjuga con la asignatura de *educación para la ciudadanía*, recién creada e incorporada a los planes de estudio en España¹⁰).

Alguien puede pensar que acabo de establecer una relación inoportuna pero no me parece así. Si la recuperación de la memoria como memoria conocida “objetivamente” *sirve* de algo, será cuando genere maneras de pensar que es tanto como decir *hábitos* de comportamiento.

Los niños de posguerra, sobre todo si pertenecían a familias republicanas, no era difícil que escucharan –en casa y a puerta cerrada- que una de las cosas buenas que había hecho la República era legalizar la prostitución y someterla a normas higiénicas, partiendo de la base de que se trataba de un mal necesario. Luego los historiadores podrían decir que se trataba de un uso de gobierno que se había hecho general en todo Occidente durante el siglo XIX y que se podía constatar por doquier en todo tipo de regímenes liberales¹¹. Pero a eso responderían, posiblemente, aquellos niños de

¹⁰ Vid. el conjunto de reflexiones que reunieron La educación para la ciudadanía en una sociedad democrática, Concepción Naval y Montserrat Herrero (coord.): *La educación para la ciudadanía en una sociedad democrática*, Madrid, Ediciones Encuentro, 2006, 267 págs. De forma más concreta, ceñida al caso español, Fernando Sebastián Aguilar: *Lectura crítica del manifiesto del Psoe "Constitución, laicidad y educación para la ciudadanía" de 4 de diciembre de 2006*, accesible en Internet, al menos en la página web del arzobispado de Pamplona.

¹¹ Sólo como botón de muestra, M. López Martínez: "Legislación y prostitución en la España de Alfonso XII", en *Congreso de jóvenes historiadores y geógrafos*, t. II, Madrid, 1990, pág. 955-966; J.M. Berlière: "Police et libérés sous la III République; le problème de la police des moeurs": *Revue*

posguerra que ellos habían oído aquello en su casa y sobre España, y no de los historiadores, sino de sus parientes y de aquellos en quienes confiaban más, de manera que fue todo eso –su casa, España, el parentesco, la confianza- lo que les hizo incorporarlo (si es que lo incorporaron) a su imagen de la República, o sea a su memoria, y eso hasta el punto de contribuir a que se generase en ellos un hábito que les inducía a recibir toda noticia de lo que había hecho *la República* como algo racional, bueno y coherente, además de salubre e higiénico.

Pues bien, una asignatura –toda asignatura, también las matemáticas y hace años el latín- no es sino un vehículo de generación de hábitos que induzcan a tomar unas decisiones y no otras.

Eso está en el meollo del problema de la educación y su orientación y no es fácil resolverlo, en el plano teórico, a pesar de que lo parezca.

En el caso de la memoria de la represión, sin embargo, el posible problema no está en que todos lleguemos a saberlo *todo*, sino en la manera de *recibirlo* y en la manera de *adoptarlo* como hábito mental, si es que llega a ello.

En este sentido, basta repasar la bibliografía de la posguerra española sobre la represión *roja* y repasar ahora la bibliografía sobre la represión *franquista* para llegar a la conclusión de que llega con un mensaje *intencional* que no es de recibo. Los ejemplos que lo prueban son multitud y algunos se han expuesto en la ponencia anterior. Pero basta observar que, sin apenas excepciones, los cómputos de muertos hechos por historiadores de tendencia *nacional* son más bajos que los cómputos de muertos hechos por los historiadores que defienden la memoria republicana. La hipótesis de partida –de quien se aproxime al asunto (para formar su propio juicio)- sólo puede ser –a mi entender- la de la cautela respecto a todos. Cuando un historiador “nacional” llegue a la conclusión de que los muertos a manos de los nacionales fueron más y lo exprese así o, al contrario, un historiador izquierdista haga lo propio estaremos en vías de empezar a averiguar la verdad.

No quiero decir con ello que no estemos ahora en la verdad (a lo menos, un poco de verdad, o sea de lo que verdaderamente sucedió). Hago solamente observar que la coherencia que hasta ahora se ha dado entre preferencias de cada historiador y conclusiones de su investigación, en materia de represiones de 1931-1950, *obliga* a preguntarse si, en el fondo, no habrán entrado en juego –otra vez- los hábitos. Hace casi medio siglo, lanzó Thomas Kuhn su famosa tesis sobre las revoluciones científicas, en la que demostraba que las revoluciones científicas no se han dado, en la historia, como consecuencia de descubrimientos que las justificaran, sino en el momento en que la comunidad científica cambiaba el “paradigma” en que basaba todo su hacer.

Por paradigma entendía Kuhn la constelación de *convicciones* que hay, según en él, en la mente de todo científico también como científico y en relación directa con su ciencia. Todo científico asume un “paradigma”, que, si es que quiere abrirse paso en la profesión y obtener *reconocimiento*, tiene que ser el paradigma que comparte la mayoría de los miembros de esa comunidad científica.

historique, núm. 283 (1989), 235-241; Mary Gibson: *Prostitution and the State in Italy, 1860-1915*, New Brunswick, N.J., Rutgers University Press, 1986, xi + 297 págs.

Y ese paradigma los condiciona tanto (a él y a sus colegas) que influye e incluso “instrumentaliza”, en todo caso “condiciona”, la mera elección del asunto a investigar, las preguntas concretas que se hace y pretende aclarar, incluso los datos que selecciona como *significativos*¹².

No es cosa de entrar aquí en el debate que suscitó la tesis de Kuhn¹³. Lo que me parece importante es decir que Kuhn no se dio cuenta de que lo que llamaba *paradigma* era (es) ni más ni menos que el conjunto de hábitos compartidos (en este caso, por la comunidad científica, que por eso lo es). O sea que lo que Kuhn vino a probar, sin saberlo, es que un científico, también cuando investiga, reflexiona y habla de cuestiones exclusivamente científicas, actúa exactamente igual que cuando él y los demás seres humanos habla de cualquier otra cosa, incluida la última competición deportiva o el juicio que suscita en ellos el conductor de un coche que les viene de frente y les hace pasar un momento difícil, o la última impertinencia de la suegra (si es que tienen el sinsabor –que no es mi caso- de que la suegra sea impertinente¹⁴).

En los años noventa, en un symposium germanoespañol sobre las dictaduras de Franco y de Hitler, un historiador hispano afirmó que, en realidad, en la zona republicana, entre 1936-1939, no había habido persecución religiosa. Otro historiador presente le dijo, en tono festivo y amistoso, que podían llamarlo *caza de curas*. En 2006, otro historiador ha añadido que no sólo no hubo persecución religiosa, sino que sólo hubo represión franquista.

Es obvio que, para entendernos (y convivir), hace falta que hablemos una lengua que no permita subterfugios.

Para entendernos y –nadie lo olvide- para convivir. Porque no pocos lo olvidaron, hubo una guerra fratricida en 1936. La responsabilidad que nos cabe a los historiadores no es menor, por lo tanto, que la que corresponde a los políticos.

Los historiadores y la rutina o el progreso

Pero la razón por la que mencionaba a Kuhn no era ésta, sino la de advertir que todo el que quiere *saber* de cualquier cosa parte de un *paradigma* (si se quiere mantener la expresión de Kuhn), o de una *cultura*, o –expresado sencilla y directamente- de un conjunto de hábitos compartidos con aquellos con los que, justamente por eso, *se*

¹² Thomas S. Kuhn: *The structure of scientific revolutions*, Chicago, Chicago University Press, 1962. Hay traducción española: *La estructura de las revoluciones científicas*, 12ª ed., Méjico, Fondo de Cultura Económica, 1988, 319 págs. El propio Thomas S. Kuhn volvió sobre ello en distintas ocaciones: una colección de estudios suyos sobre lo mismo, en su *¿Qué son las revoluciones científicas? Y otros ensayos*, Barcelona, Paidós, 1989, 151 págs. La tesis de Kuhn tenía un precedente especialmente notable que procedió a reeditarse, cuando surgió el debate a que me refiero: Ludwik Fleck: *Genesis and development of a scientific fact*, “Foreword” por Thomas S. Kuhn, Chicago, Chicago University Press, 1979, xxviii + 203 págs.

¹³ Remito únicamente a Paul Hoyningen-Huene: *Reconstructing scientific revolutions: Thomas S. Kuhn’s philosophy of science*, prólogo de Thomas S. Kuhn, Chicago, University of Chicago Press, 1993, xx + 310 págs.

¹⁴ No a las suegras, sino a este fondo cognoscitivo de la tesis de Kuhn, me referí en *Recreación del humanismo, desde la historia*, Madrid, Editorial Actas, 1994. 190 págs.

entiende (y, a las veces, *se junta*). Y los historiadores no estamos exentos de esa maravillosa rémora de la inteligencia humana: rémora porque induce a la rutina y la repetición, pero maravillosa porque, sin ella, no podríamos progresar (ni en el puro conocimiento ni en nada).

No podríamos progresar si no tuviéramos hábitos y –advírtase– si no los compartiéramos con otros. La percepción capital de los personalista de los dos siglos últimos ha sido ésa precisamente: que el hombre es *social*, pero que no sólo es social, sino que *se constituye como persona* en la interrelación con todo lo existente y, de manera especial, con todas las demás personas que existen. No es, por tanto, que el ser humano sea, además de ser humano, *social*, sino que es ser humano en la relación interpersonal. Sin ella, no seríamos personas¹⁵.

No bastaría, por tanto (en realidad, sería impropio, inexacto), hablar –en nuestro asunto– de una memoria *colectiva*. Hablamos de una memoria *compartida*.

No es lo mismo. Una memoria colectiva es la que *comparten* las personas que la tienen. Y ese matiz es importante porque también tiene que ver con los hábitos. No es casual, en efecto, que haya memorias compartidas; los hábitos que constituyen nuestra posibilidad de sobrevivir y llegar a crear no se aprenden sólo por medio de la enseñanza directa, explícita e individual, sino que se adquieren, se mantienen y se transforman, en la mayoría de los casos, por *ósmosis*.

Toda memoria es y ha de ser selectiva y toda selección implica una decisión, que es ética

Confieso que redacto esta ponencia agradecido a los organizadores del Congreso por haberme invitado (podían haber dejado de hacerlo y no habría ocurrido nada) y, al mismo tiempo, con una cierta desazón. La razón de esto último es que la redacto después de haberla desarrollado en público y de haber hecho frente a la división de opiniones que propicié sin proponérmelo.

Digo división de opiniones porque unos fueron los que me replicaron en público y otros los que se acercaron a la mesa, al final, para estrecharme la mano, con palabras o sin palabras.

Veamos si soy capaz de decir las cosas mejor por escrito.

¹⁵ En nuestros días, el personalismo ha renovado su fuerza al haberlo propuesto como su propia antropología filosófica Juan Pablo II. Es buena muestra de ello el libro de Juan José Pérez-Soba Díez del Corral: *La pregunta por la persona, la respuesta de la interpersonalidad: Estudio de una categoría personalista*, Madrid, Facultad de Teología San Dámaso, 2004, 289 págs. En la España de Franco, el personalismo se hizo campo con dificultad, también entre los filósofos, por la militancia antifranquista de los principales personalistas franceses (Mounier y Maritain). Vid. José Miguel de Azaola e Ignacio Zumalde: "Emmanuel Mounier (1905-1950)": *Arbor*, núm. 2 (1952), 393-411. Esa línea de reflexiones, sin embargo, tomó fuerza en el llamado "tardofranquismo" con pioneros –por lo general, formados en la oposición al Régimen– entre quienes destaco a Carlos Díaz, de quien sólo cito una de sus últimas obras, en su amplia bibliografía: *¿Qué es el personalismo comunitario?*, Madrid, Fundación Emmanuel Mounier, 2003, 155 págs. En realidad, el personalismo había entrado en España no sólo antes de 1936, sino por vías distintas de la francesa. Puede verse lo que escribí sobre esos orígenes previos en *¿Fascismo o Estado católico? Ideología, religión y censura en la España de Franco, 1937-1941*, Madrid, Ediciones Encuentro, 1997, 283 págs.

De lo que se trata es de contribuir a un debate del que se habla insistentemente en España desde que lo replanteó el presidente del Gobierno, José Luis Rodríguez Zapatero.

Pero aclarámonos: ¿se trata de la de lo sucedido entre 1936 y 1975 o de la memoria de lo ocurrido entre 1934 y 1939? La respuesta –la primera y fundamental respuesta– sólo puede ser una: se trata de las dos. Hay que recuperar la memoria de todo lo que *deba* ser recordado.

Pero, si se da por sentado que la memoria –la memoria de todo hombre y de toda mujer– es necesariamente selectiva, habrá que ponerse de acuerdo, primero, sobre aquello que *se necesita* recordar. Recordemos lo que decíamos antes sobre la imposición que hace el respectivo “paradigma” incluso de las preguntas que uno se formula y de los datos que retiene y los datos que desecha el investigador (y todo ser humano).

Se impone, por lo tanto, una valoración que lleve a establecer unos criterios de selección y eso nos remite por fuerza a otra pregunta: ¿para qué? ¿Qué es lo que pretendemos conseguir si recordamos lo que es necesario recordar para lograr lo que pretendemos?

No es una pregunta retórica, ni baladí. La respuesta que demos depende de una decisión *ética*. No es lo mismo recuperar la memoria para resucitar el odio que recuperar la memoria para renovar el amor.

Claro que eso obliga a preguntarse a su vez si es que la memoria puede ser nociva. Y no dudo de la respuesta: sí. Cuando quita la paz e impide la convivencia de gente que quiere convivir con otros sobre la base de respetarlos como quiere ser respetada, el esfuerzo por recuperar la memoria es nocivo.

Y es nocivo o deja de serlo precisamente por lo que ya dijimos: que toda persona es interpersonal e interrelacional y, por consiguiente, la recuperación individual de la memoria siempre implica a *los otros* y a *lo otro*.

Esto tiene que ver con la redundancia que veíamos en la expresión *memoria histórica*. Decíamos que, en puridad, toda memoria es histórica, por lo menos en el sentido de que se refiere a lo histórico, a lo sucedido o a lo que debería haber ocurrido y no ocurrió. Pero ahora hay que añadir que, a decir verdad, acabo de hacer uso de una sinonimia que no procede: lo histórico no es lo mismo que lo sucedido. Lo sucedido es todo lo que ha sido y ya no es (incluso la muerte de una brizna de hierba). Por histórico solemos entender aquello que ha tenido *relevancia* por alguna razón, la que sea.

Pero esto es una pescadilla que se muerde la cola: relevancia ¿para quién y para qué?

Obviamente, la memoria nos interesa a cada uno de nosotros para nosotros mismos y para decidir sobre el porvenir. Porvenir que, no obstante, por nuestro carácter esencialmente interpersonal e interrelacional, implica a *los demás* y a *todo lo demás*.

¿Nuestra memoria o nuestras memorias (de la guerra civil y la represión)?

Si no estamos de acuerdo sobre eso (y, a mi parecer, no lo estamos (en España y en el día de hoy), nos encontramos en un callejón sin salida. (*Salsipuedes* lleva por nombre

justo un callejón sin salida que hay junto a la catedral de Pamplona y ya se ve que hace al caso recordarlo como advertencia.)

Sin embargo, en lo que acabo de decir sobre la implicación de todo y todos, hay ya una posibilidad de salir: la de escuchar a los que hablan con buena voluntad. Pero a todos. Hilari Ragner ha escrito recientemente un libro (*Aita Patxi*¹⁶) cuya lectura me impresionó por lo que ahora diré. Aita Patxi era un sacerdote nacionalista vasco, capellán de gudarís durante la guerra civil. Hoy está en vías de iniciarse el proceso para canonizarlo. Y es que la lectura del libro prueba sobradamente, en efecto, que se jugó la vida por los gudarís que dependían de él y, después, por sus compañeros de prisión, y eso por el esfuerzo denodado que hizo para atenderlos justamente como sacerdote.

Es cierto que, en sus memorias, contrasta el calor con que habla de aquéllos y el ligero tono de frialdad con que se refiere a “los españoles”, sacerdotes incluidos. Pero, posiblemente, ni el mismo era consciente de esa actitud. Y, en todo caso, lo que se cuenta es suficiente para admirarlo.

Ahora bien, lo que me llamó la atención no fue esto sólo, sino, ante todo, la vivencia religiosa –católica, apostólica, romana- que se percibe en las páginas de esa obra. Me llamó la atención porque es la misma –me atrevería a decir que exactamente la misma- que rezuman las cartas de los requetés que, en esos días, luchaban precisamente contra aquellos gudarís que rezumaban catolicismo. Y eran sus balas –las de los requetés y demás atacantes del bando de Franco- las que ponían en peligro la vida de Aita Patxi y de sus hermanos de fe.

Al revés, igual, claro está. Si no ocurrió al revés, fue porque, en el mismo libro, se percibe en la zona nacional –sin que lo pretenda el autor- una “moral de victoria” que ya nos llamó la atención al leer los documentos –todos los documentos- del archivo del cardenal Gomá¹⁷.

Pero lo cierto es que se trata –sustancialmente- del mismo catolicismo en ambos bandos y que, para que nadie se precipite sobre lo *auténtico* y lo que no lo es, recordaré que, hace años, extrañado de la frecuencia con que se blasfemaba entre los soldados de mediados del siglo XX, precisamente un requeté –sargento del tercio de la Valvanera durante la guerra civil- me comentó que, entonces, durante la guerra, sucedía entre ellos lo mismo. Y aún añadió: “Y mira que todos sabíamos por qué estábamos allí”.

En ese caso, ¿es que lo *auténtico* era aquello, lo de los gudarís, y no lo de los requetés?

En este punto, basta y sobra citar un párrafo de una carta que, el 17 de agosto de 1936, escribió a su familia otro requeté desde un lugar cercano a Somosierra, sobre

¹⁶ Hilari Ragner i Suñer: *Aita Patxi, prisionero con los gudarís*, presentación de Ricardo Blázquez, Barcelona, Editorial Claret, 2006, 303 págs.

¹⁷ *Archivo Gomá: Documentos de la Guerra civil*, ed. por José Andrés-Gallego y Antón M. Pazos, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, t. I: *Julio-diciembre de 1936*, 2001, 589 págs.; t. II: *Enero de 1937*, 2002, 540 págs.; t. III: *Febrero de 1937*, 2002, 540 págs.; t. IV: *Marzo de 1937*, 2002, 366 págs.; t. V: *Abril-Mayo de 1937*, 2003, 624 págs.; t. VI: *Junio-Julio de 1937*, 2004, 699 págs.; t. VII: *Agosto-septiembre de 1937*, 2005, 666 págs.; t. VIII: *Octubre-diciembre de 1937*, 2005, 747 págs.; t. IX: *Enero-marzo de 1938*, 2006, 670 págs.; t. X: *Abril-junio de 1938*, 2006, 516 págs.

Madrid. No espere nadie efusiones retóricas; es mejor respetar su manera de expresar lo que vio:

“Como os decía en mi anterior estábamos descansando en un monte... y recibimos aviso de tener que operar. Era el día 14; desde el 19 de julio no habíamos oído la Santa Misa, ni podido comulgar. Toda la tarde la empleé en buscar un sacerdote que pudiera, el día de la Asunción, confesarnos, darnos la Sagrada comunión y celebrar. Por fin lo hallé; todo satisfecho volví a la compañía para comunicar la agradable noticia. El entusiasmo de todos fue algo grande. Pensando en el día siguiente, unos haciendo el examen, otros preparándose para comulgar, se durmió la gente”¹⁸.

Ahora pasemos hoja y busquemos, entre los papeles inéditos que uno tiene, unas breves memorias de un marino republicano (de los que se hicieron con el control de la armada después de echar al agua a los oficiales). Se trata de unas memorias sucintas, ralas: el marino cuenta lo que fueron haciendo como quien describe una excursión feliz por las montañas. No hay, en sus palabras, sino la satisfacción del que acierta con un disparo o logra huir de un barco enemigo. Se diría obra de un corazón poco sensible a otra cosa que sea la vanagloria del acierto.

Al final, claro está, fue apresado como todos los demás marinos y concentrado en un campo. Y entonces aparece la única nota “humana” que se percibe en sus memorias: era domingo y les dijeron que el que quisiera podía ir a misa. Y él –lo cuenta- dijo que quería. Otros –aclara no-. Y añade escuetamente que *se sintió muy bien*.

¿Puede alguien decir que esa forma de vivir el catolicismo –la misa- era *peor* que las que acabo de apuntar?

Lo que vemos con estos ejemplos es ni más ni menos que un rosario de maneras distintas (en diverso sentido) de actuar como católicos. Y los tres, en una misma guerra y frente a frente.

Esa es, quizá, la primera lección que da la historia real a la memoria: hubo muchas historias de esa misma realidad.

Ahora podemos preguntarnos si es esa pluralidad la que se desea recuperar y hacer saber.

Me temo que no.

Mi memoria, la memoria de muchos

Un día de 1968, exactamente el día anterior a mi boda, en un lugar del Pirineo, nos reunimos a cenar las dos familias de los contrayentes. Entre ellos estaba un cuñado de mi madre, Manuel Ricardo Ibáñez, ugetista al que la guerra pilló en Calatayud, de manera que se vio obligado a enrolarse en el ejército nacional.

¹⁸ Cit. Ricardo Ollaquindia: “Pormenores organizativos de la guerra de 1936 en cartas de un requeté de Sangüesa”: *Príncipe de Viana*, lviii, núm. 210 (1997), 158.

Pero, en cuanto pudo, escapó; se pasó a los suyos. Con tan mala suerte, que los soldados republicanos que lo encontraron no le creyeron. Pensaron que fingía. Lo apresaron, por tanto, y, en la cuerda de presos a la que fue a parar, hubo de atravesar Cataluña hasta ser recluido en un castillo del Pirineo.

Allí, encerrado, preso de sus propios correligionarios, pasó la guerra. Y, sólo al final, cuando los nacionales iniciaron la campaña de Cataluña y, entre otros objetivos, atacaron aquel castillo, sus carceleros le dieron un fusil para que les ayudara en la defensa, si es que realmente era de los suyos, como seguía diciendo. Lo tomó y claro es que empezó a disparar.

Le habíamos oído relatar esa historia no menos de cien veces y aquella noche –la anterior a la boda- se las arregló –claro está que inconscientemente- para volver a ella. Le obsesionaba, sin duda por lo que había tenido que sufrir (por aquello y más que ocurrió)

En realidad, la historia era mucho más larga y penosa; luego venía el recuerdo de los varios procesos a que fue sometido por la jurisdicción militar del Régimen, las penas de muerte que su madre consiguió que no se cumplieran, el terror de pensar, cada mañana, que a lo mejor era ese día cuando iban a fusilarlo (y eso porque, entre los carceleros, había algunos que se divertían sacando de mañana a algún preso, poniéndolo ante el pelotón de fusilamiento y, en el momento de dar la orden de disparo, diciendo *vamos a dejarlo para mañana*, de manera que lo devolvían a la celda, no se sabía hasta cuando)... Aquella noche anterior a la boda, más de veinte años después, no pudo pasar sin embargo del momento en que relataba que, sólo al final, cuando los nacionales atacaban el castillo en que los suyos lo tenían preso, le confiaron un fusil para que contribuyera a la defensa. En ese momento, mi futuro suegro le interrumpió y dijo sentenciosamente, pero como quien cuenta una sorprendente coincidencia, que los que atacaban el castillo aquel día eran los requetés del tercio de Valvanera, con su sargento al frente, que era él.

Se hizo un silencio tenso. Que duró las décimas de segundo que tardó el sargento de requetés a decir una oportunísima chanza que nos hizo reír a todos. La guerra había terminado, también para aquellas dos familias que iban a emparentar.

No fue un caso único. Hace años, el periodista Carlos Reigosa había elaborado un largo reportaje sobre sus propias pesquisas acerca del *maquis* leonés, concretamente de Manuel Girón y el grupo que formó y mantuvo en las montañas de La Cabrera hasta que un infiltrado lo mató en 1951. Lo singular –y verdaderamente atractivo- es que el tema del libro no era (no es) éste personaje y su entorno, sino la memoria que había de él entre los supervivientes, habitantes los más de La Cabrera, un territorio entonces inhóspito y mal comunicado. Reigosa no contaba las cosas que había llegado a saber, sino cómo había llegado a saberlas, en qué lugares, de qué personas y, sobre todo, en qué conversaciones. En gran medida, el libro era una larga transcripción, comentada, de conversaciones sobre un mismo asunto.

Eso tenía una consecuencia negativa, y es que resultaba reiterativo alguna que otra vez. Además, en la reiteración, el lector se podía perder en la zarabanda de nombres, tan familiares para quienes habían hablado de ellos en con el autor. Pero tenía una

consecuencia muy positiva, y es que descubría precisamente la memoria de una realidad.

Pero sucedía lo que podía desprenderse de lo que he dicho antes: los hechos históricos no influyen sólo tal como fueron, sino como se supone que fueron. A veces (y el libro de Reigosa es un buen ejemplo) tiene mayor influencia un símbolo que la realidad.

O, mejor, un símbolo también es una realidad. Girón, en este caso, fue una persona y continuaba siendo un símbolo cuando el periodista anduvo por La Cabrera.

La técnica del autor permitía, por otra parte, descubrir cómo era internamente la memoria del maquis, tal como había quedado en la mente de los entrevistados. Y eso dejaba al lector en libertad para hacer una lectura intencionada que resultaba extraordinariamente reveladora. Lo que se descubría no era un recuerdo de derechas ni un recuerdo de izquierdas; era otra cosa. Otra cosa que existía también en la España de 1937-1951: unas maneras de pensar que se fijaban más en la amistad, en la comprensión, en el juego, en el ocio, en la contradicción entre amistad y denuncia, en la brutalidad... sin ponerle apellidos. Reigosa había sabido respetar este hecho y el resultado era óptimo. Desfilaban por aquellas páginas unos guerrilleros que luchaban para sobrevivir, con la esperanza, sí -hasta 1945-1946-, de que los aliados entraran en España y no fuese su lucha baldía. Se palpaba la admiración por el jefe; se insinuaban amores...

Hasta los personajes más presuntamente "ideológicos" (los curas) aparecían como delatores de ciento al viento; las más de las veces como lo contrario: como encubridores. ¿Por caridad o por miedo? Resultaba curioso que fuera uno de los pocos "ideólogos" de aquella galería de retratos quien dijera que por miedo.

La recreación de las conversaciones era tan fidedigna (o había logrado de tal modo que diera esa apariencia), que no sabíamos situarlo a él mismo en ninguno de los bandos en liza. El propio diálogo que entablaba con los libros -así, con los libros- publicados hasta el momento en que apareció el suyo apuntaba en la misma dirección: buscaba los problemas y las presunciones de quienes los escribieron, pero no aparecían las suyas.

¿Quizá porque no existían? En tal caso, hubo de ser porque el autor se había puesto del lado de un grupo de interlocutores que aparecía de refilón en el libro: el de la nueva generación, los hijos de los protagonistas, que hacían amistades y anudaban noviazgos sin preocuparse por el pasado. Lo consideraban cosa de otros, aunque esos otros fueran sus padres.

Reigosa llegaba a relatar el regreso de uno de los guerrilleros a un pueblo de La Cabrera y su presentación ante un alcalde del PSOE que gobernaba en aquellos momentos (primeros años noventa): lo había recibido con indiferencia, distante, ante la sorpresa y el desencanto de aquél.

Era una pincelada reveladora, entre tantas. La gente recordaba las historias pero sólo los viejos y los ideólogos las consideraban suyas.

La mera vida, el puro y simple imperio del presente -incluido el nexo del amor entre hombres y mujeres- no había relegado al olvido los hechos. Sencillamente, los había puesto en su sitio.

Me parece a mí que todos los españoles de hoy –pero todos, no sólo los que buscan restos de cadáveres en las cunetas; también aquellos cuyos nombres han figurado durante años en las tapias de las iglesias (por imposición de Francisco Franco, que sólo el cardenal Segura –que yo sepa- se negó a cumplir) y, desde luego, los que se hallan en los dos sitios (porque buscan cadáveres en las cunetas siendo así que los nombres de sus ascendientes estaban entre los *caídos por España*- tendríamos que poner en su sitio el recuerdo de nuestros muertos.

Más aún: que otros no lo hagan, no es razón para que entrar en el juego de demostrar un *vosotros, más*. Desde hace dos mil años, es cosa bien sabida que el mal se ahoga con el bien. A este historiador, por lo menos, no le harán contar muertos. Si tuviera el tiempo y los medios necesarios para escribir un libro sobre la represión, empezaría por recopilar lo que nadie parece tener en cuenta: del sinfín de estudios y memorias que se han publicado sobre quienes sufrieron la represión de izquierdas o la represión de derechas (y de la memoria oral que aún cabe recuperar), reuniría el sinfín de testimonios de que hubo gente que hizo lo que pudo para salvar a otro del bando enemigo.

Eso también sucedió y forma parte de la historia.

Además, es la parte más digna.

Entonces, sí, habrá que echar cuentas y ver si fueron más los ejecutados o los salvados y si fueron más los represores que los que se consagraron a salvar a los otros.

Y, si alguien toma esto por moralina y no por ciencia, reciba mi más sincero pésame.

José ANDRÉS-GALLEGO